

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO, CICLO A

¡QUE TODOS TE ALABEN, SEÑOR!

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 56, 1. 6-7; Romanos 11, 13-15. 29-32; Mateo 15, 21-28



1. Dios ha preparado y prepara siempre bienes inefables para los que le aman. Incluso están llamados a participar de ellos todos los hombres, de la propia nación o extranjeros, de cualquier color o raza, sean pobres o ricos... Esta realidad únicamente se reconoce y valora, cuando la vida se vive con sentido de trascendencia, cuando la fe ilumina el quehacer de cada día. A mitad ya del mes de agosto, mes por excelencia de las vacaciones, mes en que cientos de miles de turistas extranjeros nos visitan, las lecturas de hoy nos ayudan a acoger, respetar su dignidad y tratar con espíritu fraterno, a quienes son hijos de Dios igual que nosotros, y están con nosotros por razones de turismo o de trabajo, ya encontrado o todavía buscado.

Antes del destierro a Babilonia, los extranjeros estaban excluidos del pueblo de Dios, del pueblo judío. Como es frecuente ahora, también entonces los extranjeros suscitaban recelos, temor y rechazo en muchos ciudadanos. Extranjeros eran los que no formaban parte del grupo, del clan, del pueblo, de la nación. E Israel, grupo cerrado, fundado en la sangre, sólo se abrió al universalismo salvífico después de su vuelta del destierro. Este cambio o conversión quedan perfectamente reflejados en la primera lectura tomada del profeta Isaías y en el salmo responsorial que hemos rezado como respuesta. En esa misma línea, un sacerdote hace este comentario en una homilía: para Israel, Dios era "su" Dios, casi un Dios nacional que velaba sólo por él, y se enfrentaba con los demás pueblos, como si no fueran también suyos, como creador y padre de todos que es. El profeta Isaías "desnacionaliza" a Dios, abriéndolo al mundo entero. Para Dios y ante Dios no hay ningún extranjero; nadie es extraño ni forastero, porque Dios ofrece a todos los pueblos su salvación: "Oh Dios, que todos los pueblos te alaben", canta gozoso el salmista.

2. El pueblo de Israel, ante una cosecha abundante, bendecía y alababa al Dios con el salmo 66, salmo responsorial rezado como respuesta a la primera lectura de hoy. Bendecían al Señor con el deseo de que, no sólo ellos como pueblo de Dios, sino todos los pueblos, sin distinción de cultura, raza o ideología, le alabaran y conocieran su salvación. El ser humano, y de manera muy especial el cristiano, tiene el deber de alabar y adorar a Dios en todo tiempo y lugar. Así lo dice claramente el salmo 34: *benedicid a Dios en todo tiempo; su alabanza estará de continuo en mi boca.*

Sería bueno preguntarnos: ¿es la alabanza en todo tiempo una realidad en nuestras vidas? No podemos quedarnos siempre en la oración de petición o de acción de gracias. Tampoco hemos de conformarnos con alabar al Señor en algunas muy

contadas ocasiones. Se ha de alabar a Dios con frecuencia, cuando las cosas salen bien y cuando nuestras cosas, en la vida cotidiana, comienzan a salir mal y atravesamos tiempos de pruebas, luchas y dolor.

3. Pero, ¿en qué consiste la oración de alabanza? Pues alabar a Dios es, ante todo, un acto de gratitud al Señor por la obra de la creación, de la redención y de la santificación y, por ello, Él es digno de la alabanza. Alabar a Dios lleva consigo reconocer su grandeza, su señorío y todo lo excelso, único y admirable que es Él. Al alabarle, le ensalzamos, enaltecemos, honramos, glorificamos y exaltamos con admiración y gratitud profunda. Cuando de nuestro corazón sale un acto de alabanza, reconocemos y admiramos lo grande, Todopoderoso, omnipotente, misericordioso, soberano, altísimo, benevolente y clemente que nuestro Dios es.

El salmo responsorial de este domingo nos invita a alabar a Dios. Es Él un Dios generoso y benévolo, que nos da todo: la vida, el tiempo, el alma, la energía y todos nuestros talentos. Pero, además, nuestro Dios se da a sí mismo: *tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo primogénito*, dirá San Juan. Y a quienes se abren a Él, les llueven las bendiciones. Dios, dice un predicador, es como el sol: podemos cerrar las puertas y dejar que nuestra morada interior permanezca a oscuras. Pero si abrimos las puertas y ventanas del alma, ¡cuánta luz entrará! Abrir las puertas es alabarle con la lengua, con el corazón, con una vida entregada y fiel al Dios que merece todo honor, gloria y alabanza.

4. El evangelio proclamado en este Día del Señor, por su parte, nos ha presentado el encuentro de Jesús con aquella mujer cananea, encuentro, a primera vista, un poco desconcertante. Ante la petición de una madre angustiada que le dice *ten compasión de mí, Señor, Hijo de David, mi hija tiene un demonio muy malo*, Jesús le responde: *sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel... No está bien echar a los perros el pan de los hijos*. La respuesta de Jesús puede parecer decepcionante y hasta ofensiva. Sin embargo, Jesús tenía conciencia clara de que la misión que el Padre le había encomendado tenía carácter universal, salvar a todos los hombres y a cada uno, judíos o extranjeros. Lo que con sus palabras buscaba Jesús, en definitiva, era la respuesta de la cananea llena de una gran humildad y de una profunda fe: *tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos*. Emocionado, sin lugar a duda, Jesús dirigió a la cananea, la mujer extrajera, esta preciosa alabanza: *mujer, ¡qué grande es tu fe!, que se cumpla lo que desees*. Lo que importa es la fe, y no ser extranjero o judío.

El Pan de la Palabra y el Pan de la Eucaristía son el banquete de los hijos, de todos los hijos e hijas de Dios de cualquier pueblo o nación. Y todos estamos invitados. A los discípulos de Jesús, se nos pide que santifiquemos el domingo, sobre todo con la participación en la Misa dominical, acto supremo de alabanza al Señor, y en la cual el Señor nos da el *pan de los hijos* que alimenta la fe, fortalece la esperanza de la salvación e impulsa a ser reevangelizadores en medio de nuestra sociedad.

5. Que nuestra Madre la Virgen, mujer de fe por excelencia y la que mayor alabanza ha tributado y tributará a Dios, a alabar al Señor en todo momento movidos por la fe.